

Domingo 9º del Tiempo Ordinario. Ciclo A. “Palabra de Dios y obras de caridad”.

Al concluir estas últimas solemnidades después de la Pascua (Santísima Trinidad, Corpus Christi y Sagrado Corazón de Jesús), reanudamos en la liturgia cristiana los domingos del tiempo ordinario. A propósito de esto, es bueno recordar que en cada domingo se celebra la *totalidad* del Misterio de Cristo: desde su Encarnación hasta Pentecostés; el tiempo *durante el año –per anum-* no es, por lo tanto, un tiempo débil en contraposición con otros domingos en los que se acentúa algún aspecto concreto de los Misterios del Señor.

Este domingo noveno está marcado por la opción que el hombre está llamado a hacer. Según el libro del Deuteronomio, escuchar es recibir en el corazón la ley de Dios para poner en obra sus mandamientos, unos mandamientos que dan vida. De ahí que el ser humano elija, en sus acciones concretas, la bendición o la maldición. También el evangelio de Mateo insiste en la escucha y puesta en práctica de las palabras de Jesús, en las que se expresa en la ley de Dios. Y por si estos dos pasajes bíblicos pudieran conducirnos a una idea equivocada de la salvación, basada en los méritos humanos, Pablo subraya en el pasaje de la carta a los Romanos la gratuidad del don: la salvación se alcanza por la fe.

El evangelio de hoy es la conclusión del llamado “sermón del Monte” (Mt 5-7), y nos señala una actitud fundamental sin la que nadie puede convertirse en auténtico discípulo: la escucha de la Palabra de Dios y llevarla a la práctica. Es decir, ponerse delante de Dios y decidirse por su causa.

⊗ **Escuchar la Palabra.** La Palabra de Dios nos subraya hoy que hay que escuchar lo que Jesús nos dice, su Palabra. La primera lectura también va dirigida a nosotros. Dios promete la bendición a los que escuchan sus preceptos y promete a su vez la maldición a los que no les escuchan y se desvían del camino marcado por Dios. Nosotros no aplicamos esta bendición o maldición a esta vida, sino a la salvación que Dios nos da en Jesucristo y que va más allá de nuestra vida aquí en la tierra.

Si no escuchamos la Palabra de Dios, ¿cómo la vamos a llevar a la práctica? Si no estamos atentos a lo que Dios nos dice en cada momento de nuestra vida, ¿cómo vamos a seguir sus caminos? Si no sabemos lo que Dios quiere, ¿cómo vamos a cumplir su voluntad?

⊗ **Llevarla a la práctica.** Pero no se trata sólo de saber lo que Dios nos pide, sino de cumplir la voluntad del Padre. Recordad aquella parábola de los dos hijos: uno le dijo que sí iba a trabajar a la viña y no fue; el otro le dijo que no iba y fue. Éste último, afirma el evangelio, cumplió la voluntad de su padre.

No es suficiente con “escuchar”, sino que es necesario pasar a la acción. En el Antiguo Testamento “escuchar” no significa sólo “oír”, como un ejercicio exclusivo del oído, sino una acción que pone en juego la memoria, la voluntad y el compromiso de toda la persona. De este modo, escuchar y comprometerse viene a ser casi sinónimos. Desde esta perspectiva, Jesús pide una escucha cuajada de fidelidad y obediencia práctica a la voluntad de Dios. Discípulo sensato es aquel que construye sobre la roca firme de las palabras de Jesús puestas en práctica.

Por tanto, al terminar su primer discurso, Mateo coloca ante nosotros dos caminos (el bien y el mal) y nos invita a elegir el camino del bien, el camino de la vida, el camino de la luz. Este camino es una ruta que se aleja de espiritualismos vacíos y marcha por la senda del cumplimiento de la voluntad de Dios. Curiosamente, las dos comparaciones (los dos tipos de discípulos y las dos formas de construir la casa) terminan con una sentencia condenatoria, subrayando así la seriedad de la decisión. Por eso, las Palabras de Jesús a sus discípulos al final del sermón del monte son muy claras. **La espiritualidad cristiana no puede construirse al margen del compromiso, a expensas de la búsqueda y el cumplimiento de la voluntad de Dios. Urge ponernos a edificar sobre roca firme.**

*Orar no es decir “Señor, Señor”, dejando todo en palabrería vana.
Tampoco es limitarse a oír sin que la Palabra nos movilice.
Orar es pedir que se haga la voluntad de Dios
mientras nos empeñamos en construir la vida y la sociedad
sobre la roca firme que son las enseñanzas de Jesús*